

de una garita de madera pintada de color plomizo. Por encima de la verja ondeaba al sol una bandera nacional nuevecita, como si se estrenara en honor del nuevo Ministerio.

Había en la fachada del palacio dos armaduras de gas formando dos letras mayúsculas enormes: R. F., dispuestas á ser encendidas las noches de recepción.

Dos lacayos abrieron apresuradamente las puertas y se precipitaron hacia el carruaje que se detenía, para abrir la portezuela al señor Ministro.

—¡Adios, Mariana!— pensó Vaudrey al poner el pie en la antesala de aquel palacio, frío y triste como un sepulcro.

VIII.

Mariana Kayser era supersticiosa. Creía que en los momentos críticos, en las partidas comprometidas, la salvación llegaba jugando el todo por el todo. Por lo que á ella toca, solía decir que había rebotado siempre contra el suelo como una pelota de goma, cuando ya estaba medio vencida. El Destino daba pretexto á sus supersticiones. Creíase perdida, cansada de brujulear, harta de vivir,

cuando de pronto el señor de Rosas llegó á París sin que nadie lo esperase y de regreso de su viaje al fin del mundo. Aquello era la salvación.

El Duque no era difícil de seducir. Habíase entregado como un chiquillo en casa de Sabina Marsy. Mariana salió completamente satisfecha de aquella velada. Había reanudado en ella todas sus esperanzas y encontrado su buena suerte habitual. Al otro día vería á Rosas. Pasó la noche sin dormir haciendo castillos en el aire. Por la mañana se levantó radiante.

Su tío al verla, la encontró rejuvenecida y desconocida.

—Estás bella como un cuadro del Corregio, pintor voluptuoso, pero de mucho talento. Debías servirme de *modelo* para una Santa Cecilia. Con una aureola estarías admirable!....

—¡Oh! ¡otro día!—dijo Mariana.— Ahora no tengo tiempo.

Simón Kayser no se metió en preguntar á la joven por qué no tenía tiempo. Mariana era perfectamente libre. Que cada cual arregle sus asuntos como pueda. Ese era otro de los axiomas favoritos del pintor, hombre de principios y de ideas fijas.

Mariana almorzó temprano y muy de prisa; luego se vistió, mirándose cuidadosamente al espejo y estu-

diando delante de él multitud de coqueterías; tomó un carruaje y se hizo conducir al Hotel Continental. Preguntó allí por el Duque de Rosas, con la cabeza alta, orgullosa, como si el Duque fuese suyo. Casi, casi sentía el deseo de gritar á todo el mundo «¡Soy su querida!»

Luego, bruscamente, se puso pálida hasta la lividez cuando le dijeron que el señor de Rosas se había marchado.

¿Cómo qué se había marchado?

¿Marcharse así, de repente, brutalmente, sin un aviso, sin decir una palabra? Imposible.

Fué preciso que le repitiesen varias veces en el despacho del Hotel lo que había sucedido. El señor Duque pidió por la mañana al levantarse un carruaje para ir á la estación y tomar el tren de Calais. Cierta que había dejado sus equipajes en la fonda, pero advirtiéndole que tal vez tendrían que enviárselos á Inglaterra cuando él avisara.

Mariana, estupefacta, escuchaba todo aquel relato. Estaba densamente pálida.

—El señor de Rosas ¿ha recibido algún telegrama?

—Sí, señora.

—¡Ah!— dijo entonces.

Tal vez ocurriese algo extraordinariamente grave

en la vida del Duque. Pero de todos modos, viaje repentino, sin avisar, después de la velada febril del día antes, asombraba á aquella mujer que se creía segura de José.

—¡Vamos— se dijo — tendrá miedo!..... Sí, eso es..... ¡Ciertamente me tiene miedo! Me ama mucho, demasiado, ¡y desconfía de sí mismo! ¡Por eso se va!

Y se echó á reír nerviosamente al salir del Hotel, para tomar de nuevo el cochecillo que la esperaba.

—Parece que á mí siempre me han de ocurrir esas cosas. ¡El imbécil de Guy se marchó á Italia! ¡Rosas se va á Inglaterra! ¡El vapor ha sido inventado para huir de las mujeres peligrosas! No seguí á Lissac, ¿seguiré al Duque?

Encogióse de hombros y mordió su pañuelo de batista, reclinando la cabeza en el rehenchido del coche, en tanto que el cochero esperaba de pie en la acera sin subir al pescante, porque no sabía dónde querría ir la joven.

Mariana sentíase vencida. Parecía un jugador que pierde su mejor postura á una carta. Evidentemente, Rosas, con aquello solo, demostraba que estaba enamorado como un loco; ella medía su amor por el miedo que mostraba; pero ¿qué im-

portaba que estuviese muy enamorado, si se iba, por cobardía? ¿dónde volver á encontrarlo? ¿cómo seguirlo? ¿á dónde escribirle? ¡Cualquiera encuentra á un hombre que viaja como un loco! Tal vez se hubiese embarcado para el Japón ó para la Australia, al llegar á Dover.

—¡Ah! esto es muy inesperado—pensaba Mariana, sin acabar de convencerse de su derrota.

—¿Dónde vamos, señorita?—preguntó el cochero flemáticamente, cuando se cansó de esperar.

—¡Donde queráis!..... ¡Al bosque de Bolonia!

—Está bien.

Miró su enorme reloj de aluminium y dijo fríamente:

—Eran las doce menos cuarto cuando me tomó la señorita.....

—Bueno, bueno..... ¡Al Bosque!

El movimiento del coche, la vista de la gente, el sol sobre las fuentes y las baldosas de la plaza de la Concordia, ocupaban el ánimo de Mariana, pero sin distraerla; toda la alegría de aquel despertar de la primavera, que en París es exquisito, le parecía irónica. Encontraba de nuevo con amargura exacerbada, la disposición de ánimo en que se hallaba cuando, unos cuantos días antes, entró

en casa de Guy para contarle cuánto se aburría y cuán harta estaba de la vida. ¡De qué servía ya en el mundo! ¡Acababa de fundar tantas ilusiones en una esperanza! ¡Y ahora todo se venía abajo!

—¡Vuelta á empezar! Hacer la vida bestial de la mujer llena de necesidades, perdida, arruinada; no, eso es demasiado tonto, demasiado triste. Y entonces, ¿qué?..... se decía con la vista fija en un punto, buscando solución en el infinito, pero sin encontrarla.

Estaba irritada, furiosa contra Rosas, á quien hubiera querido poder desgarrar como aquel pañuelo que estrujaba entre sus manos. ¡Ah! ¡como volviera á ella alguna vez, después de aquella fuga!

Pero tal vez no fuese una fuga..... ¿quién sabe? Acaso el Duque le escribiría y reaparecería en París.

«No—decía á Mariana un secreto instinto. ¡La verdad es que te teme! ¡que huye de tí!»

La cosa era para perder la paciencia, para renunciar á todo. La noche antes de despedirse de Rosas creíase libre para siempre de aquella bohemia miserable en que vivía padeciendo. Ahora se sentía más hundida aún en aquel cieno. ¡No había quien pudiese sufrir tanto! ¡Si al cabo tuviese valor!

Y mirando el gran lago azul, los cisnes blan-

cos, las barquillas del estanque, se le ocurrió pensar en matarse, como le había dicho á Vaudrey. ¡Qué locura! Es decir, no, una cosa peor: ¡qué estupidez! A su edad no se mata nadie; no se desperdicia el valor de la belleza cotizabile. Por hacer algo había comprado unos bizcochos para dar de comer á los patos, lo cual hacía maquinalmente y por distraerse.

En aquel instante la vió Sulpicio.

—Decididamente—se decía al separarse del Ministro—los que desesperan son unos tontos.

Y parecía, en efecto, que la casualidad, así como ella había lanzado pedacillos de bizcocho á los ávidos picos de los patos, le lanzaba á ella á Vaudrey en lugar de Rosas.

¡Un Ministro! Porque era un Ministro, aquel hombre joven y guapo que poco antes le sonreía y la miraba apasionado en las avenidas del bosque, y se acercaba á ella estremeciéndose al sentir su aliento cerca de sí; un Ministro tan popular como Vaudrey era una potencia, y puesto que Mariana, cansada de buscar amor, perseguía ahora una realidad tan difícil de encontrar como aquél—la riqueza—Sulpicio no era para despreciado.

—¡Otros, muchísimos otros no valen tanto!—pensaba Mariana al volver á su casa.

No había titubeado mucho tiempo, porque no se hallaba en la edad de las grandes vacilaciones, sino por el contrario, en la edad en que es preciso decidirse pronto, tomar un partido cada vez que la vida duramente agujoneada plantea un problema ó presenta una ocasión. En el trayecto del Bosque á la calle de Navarino, Mariana adoptó una firme resolución. Puesto que debía una respuesta á Vaudrey, se la daría. Experimentaba cierto deleite vengándose de Rosas, como si éste hubiese sabido ya que Sulpicio la amaba.

Era capaz, si hubiese encontrado al Duque en su casa cuando ella entró, era capaz, en su exaltación nerviosa, de escupirle á la cara y decirle aquello que todavía no era verdad:

—¡Ah! ¡estáis aquí! ¡Llegáis tarde! ¡Amo al señor de Vaudrey!

Pero no hubo necesidad de esto, porque al entrar en su casa no halló más que la sensación de su lúgubre pobreza. Habíasele ocurrido invitar á Vaudrey á que fuese á verla inmediatamente. Pero allí encerrada en el cuadro vulgar de aquel pobrisimo estudio de pintura, casi desocupado, que ocultaba la miseria bajo tapices viejos; recibir á Vaudrey allí hubiese sido confesar su pobreza, las necesidades, las arideces, todo lo que enfria el

amor. Al examinar el estudio del tío Kayser, lanzó una mirada de odio á todos aquellos objetos.

Todos ellos olían á la sucia miseria. Jamás se atrevería á que Vaudrey se sentase en aquel divan con los muelles rotos, el forro desgarrado y lleno de quemaduras de tabaco.

—¿Qué miras?—preguntó Kayser fijándose en el examen de su sobrina. Parece que estás pasando revista de inspección.

—Justamente, y estoy pensando que no sacaríamos gran cosa vendiendo todo esto á pública subasta.

—Las composiciones elevadas y morales no se venden en estos tiempos—contestó con gravedad el pintor.—¡Yo! ¡un artista de esos que hacen porquerías y copian fotografías obscenas!

Mariana se encogió de hombros y salió de allí tosiendo involuntariamente. En aquel cuarto no se podía sufrir el olor á nicotina.

—Estoy perdida—se dijo—si Vaudrey viene aquí.

Ella sabía perfectamente que el capricho, ese amor de los que no aman, vive del lujo, de los perfumes que embriagan, de la seda que cruje, de la envoltura misteriosa de tapices que ocultan la aventura. Vaudrey retrocedería al ver aquel estu-

dio de bohemio, repugnante y sucio. La famosa *aureola* de que tanto hablaba Kayser estaba formada con el humo de las pipas. ¿Qué hacer? ¿Recibir al Ministro en aquella casita ignorada donde ella pasaba las horas muertas á solas, soñando, soñando despierta y gozando extraños deleites de soledad? Ello era tanto como confesar á Vaudrey que no buscaba en sus amores más que el medio de salir de la necesidad. Mariana adivinaba que aquel hombre ilusionado que creía tal vez habérselas con una mujer honrada ó desgraciada, que podía entregarse, pero no venderse, retrocedería ante aquella realidad, al encontrarse cara á cara con una aventurera.

—¡La ilusión es el todo! ¡Es preciso ilusión! ¡Son tan tontos!—pensaba Mariana Kayser.

Y ¿cómo engañar á aquel hombre sobre su verdadera situación, ocultar su miseria, hacer que la tomase por lo que no era?

Con Rosas hubiese sido fácil. Pobre, se presentaba á él en medio de su pobreza, porque el Duque la amaba así de cualquier modo y podía mentirle cuanto quisiera. Con Vaudrey, por el contrario, necesitaba deslumbrarlo.

—Son dos cándidos—se decía Mariana, pero el uno tiene sed de virtud y el otro necesidad de vicio.

¿Debería confesárselo todo á Sulpicio como se lo hubiese confesado á Rosas? Acaso sí, si al cabo no hallaba otro medio; pero era necesario buscar mejor solución, inventar, buscar algo. ¿Buscar qué? ¿Pedir prestado? ¿Y á quién? ¿A Guy? No se atrevería á tanto, aun suponiendo que Lissac fuese bastante rico para hallarse en situación de sacarla del apuro, porque aun á los ojos de Guy quería conservar las apariencias. Y además, no le perdonaba aquella huida á Italia, y no la olvidaría jamás. No, no, á Guy no le pediría nada.

Entonces, ¿á quién? Volvería á encontrarse en la situación difícilísima de los que en aquel dichoso París, en el engranaje formidable de esa máquina gigantesca siempre en vertiginoso movimiento, buscan dinero, un préstamo, una ayuda, una mano tendida, y que no ven, no encuentran nada en esa Babilonia moderna. Sentía rabia y odio. ¡Nada! ¡No tenía nada! Se hubiese vendido á cualquiera por obtener rápidamente un poco de lujo que le hacía falta. Sí, se hubiese vendido en el acto, para venderse á mejor precio mañana.

¡Venderse! De pronto, del fondo de su pensamiento surgió una imagen, confusa al principio, luego más clara: la imagen de una vieja con quien se había tropezado algunas veces en esa vida de

azares que llevaba Mariana y que, hermosa en un tiempo, todavía con ingenio, rica, según decían todos, había pretendido algunas veces ser la amiga y protectora de Mariana. Mucho tiempo hacía que la joven no pensaba ni siquiera por casualidad en Clara Dujarrier. Algunas veces se la encontraba con el pelo empolvado de rubio para disimular las canas. La vieja le decía siempre:

—Cuando necesitéis un buen consejo ó un apoyo, no olvidéis las señas de mi casa: calle de La Fontaine, en Auteuil.

Mariana le daba las gracias y olvidaba en seguida el ofrecimiento, y solamente ahora, en la angustia de sus inútiles pesquisas mentales, el nombre y la imagen de Clara Dujarrier salían como del fondo del pasado. Clara Dujarrier, una antigua bailarina, cuyos ojos negros, cuyos diamantes, y lujo, y amores, fueron célebres en un tiempo, habitaba hacía tres ó cuatro años retirada en el fondo de un hotelito, temblando siempre de que fuesen á asesinarla, con sus diamantes encerrados en fuertes cajas de hierro, y un querido joven, cierto comisionista de comercio, más robusto que un tío del mercado, que de cuando en cuando se enfadaba, levantaba el gallo y la hacía temblar también.

—¡Clara Dujarrier! ¿Y por qué no, después de todo?— pensaba Mariana.

Decíase que Guy de Lissac, quien en otro tiempo la había presentado á la antigua bailarina, había estado enamorado de Clara algunos años antes, y que estaban reñidos desde un día que llegó á oídos de la bailarina cierta frase de Guy muy comentada en el círculo.

—Cuando la veo—dicen que decía Lissac—me siento siempre conmovido, porque me recuerda mi juventud..... pero no la suya.

Clara era rica y quizás avara. Pero el instinto decía á Mariana que tal vez en ella encontrase el auxilio que le era menester:

¡Dinero!

—¡Se lo devolveré todo! ¡con usura! Ella hará así su negocio también.

Y atrevidamente, con la cabeza erguida, la sobrina de Kayser se golpeaba el pecho y contemplaba en el espejo su soberbio busto y su bellissimo y pálido semblante.

Al día siguiente, por la mañana temprano, se encaminó á casa de la antigua bailarina.

Clara Dujarrier vivía en esa extensa calle de La Fontaine, que tanto tiene de la calle Real de un pueblo ó de una pequeña capital de provincia,

como del suntuoso barrio de una gran ciudad, con sus casitas de recreo, sus *chalets* encerrados en jardinillos á la inglesa, sus parterres rodeados de una verja de hierro, sus colegios; y mezcladas con todas esas cosas tiendecillas de carne, boticas, tabernas, panaderías. Es una especie de pueblo veraniego, de aspecto abandonado en invierno. Mariana miraba á todas partes buscando con la vista el hotelito de Clara. Otra vez había estado en él.

Un guardia de orden público paseaba tristemente—como para recordar la ciudad—y por el lado suyo pasaba un jardinero arrastrando sus zuecos, como para recordar el pueblo.

Allí vivía, envuelta en la soledad y el silencio, la mujer que en un tiempo levantaba tempestades de bravos y de aplausos en el teatro de la Opera bailando con la Ceristo. Su casa estaba siempre cerrada, y para distraerse, la antigua bailarina se entretenía en contemplar desde sus ventanas la alta chimenea de alguna fábrica vecina, por donde salían espesas columnas de humo.

Mariana tiró varias veces de la campanilla que había en la verja del jardinillo del hotelito. La campanilla parecía enmohecida. Una criada vieja fué al cabo á abrir, gruñendo y malhumorada.

Ella condujo á la joven á la sala donde estaba

Clara Dujarrier comiendo pastelillos y repartiéndolos con un perrito inglés que tenía en la falda.

El perro estuvo á punto de saltar al cuello de Mariana, en tanto que Clara, al verla, se levantó y la abrazó cariñosamente.

—¡Ah! ¡pues si es mi amiga!..... ¡Cuánto me alegro! Y ¿qué casualidad?.....

Mariana miraba á la Dujarrier. Aun estaba bastante guapa, aunque algo pintada, con los ojos hinchados y las mejillas arrugadas y pálidas; pero conocía tan á fondo todos los secretos del embellecimiento, que se había convertido en una estatua, un poco gorda, es verdad, pero aceptable todavía.

Escuchó á Mariana, sonrió, frunció las cejas y corredora de amor y consultora de cortesanías, acabó por decir á la *pequeña* que tenía muchísima suerte y que había llegado con tal oportunidad, que bien se le podía decir aquello de que vale más llegar á tiempo que rondar un año.

—Sí, sí, de veras; parece que lo han hecho á propósito. Vanda, ya sabéis, Vanda.

—No sé quién es—dijo Mariana.

—Sí, mujer; aquella muchacha alta y bulliciosa á quien Guy llamaba siempre el *Torbellino*.

—No me acuerdo.....

—Bueno, eso no importa. El caso es que Vanda

se ha ido á Rusia hace un mes. Allí permanecerá todo este año y parte del que viene. Su *general* se lo ha exigido, porque él ha tenido que irse para vigilar á los nihilistas. Y quiere alquilar su hotel de la calle de Prony. Naturalmente. Es un hotel encantador, muy *chic* y admirablemente puesto. Tenéis suerte, porque no es muy caro.

—Por poco que lo sea, lo es mucho para mí que no tengo un céntimo.

—¡Tonta! ¡Vaya si tenéis!—exclamó Clara Dujarrier;—y además, aquí estoy yo que os he querido siempre mucho. Os prestaré el dinero necesario para la instalación, me firmaréis unos pagarés que vuestro Ministro, que su Excelencia pagará. Vanda no es exigente, y con tal de que el hotel se lo alquile uno que lo cuide, se dará por satisfecha con poca cosa. Y en fin, si quisiera dinero adelantado ó en fianza, puede que yo lo encontrase. Pero sobre todo, hija mía—y la vieja bajaba la voz—no digas nada á Adolfo.

—¿Adolfo?

—Sí, mi *esposo*..... ¿No lo conoces?

Y cogió de encima de la mesa una fotografia puesta en un cuadro de terciopelo azul, donde Mariana vió la imagen de un jastial de cara estúpida, manos grandes, bigotes como un cepillo, y que se

apoyaba en un bastón, sacando el pecho en ademán presuntuoso.

— Es guapo, ¿no es verdad?..... ¡Muy joven!..... y me quiere..... ¡Y yo lo adoro!

Los ojos hundidos de Clara Dujarrier parecían dos ascuas ardiendo. Pasó por el retrato sus labios pintados y lo volvió á poner sobre la mesa.

Mariana tenía compasión de aquel amor casi senil, el repugnante último amor de una prostituta.

Pero no estaba para pensar mucho en aquellas cosas. Se hallaba loca de alegría. Parecía que delante de ella habíase abierto una brecha por la que penetraba un rayo de sol esplendoroso.

¡Qué buena inspiración había tenido al pensar en Clara Dujarrier!

Firmaría todo lo que quisieran y reconocería todas las deudas y todos los réditos que le exigiesen. Nada le importaba, porque ahora estaba ya segura de *llegar*.

—Tenéis razón, mucha razón— le dijo la bailarina.— El nido está perfectamente para los pájaros. Vuestro Ministro— no os pregunto el nombre, aunque lo he de saber por la firma de los pagarés— os trataría como á una modistilla si os viera en casa de vuestro tío. Mientras que en el hotel de Vanda! ¡Ah! ¡el hotel de Vanda! ¡Ya me diréis

lo que es bueno! Conque está convenido. Escribiré á Vanda diciéndole que su casa está alquilada y muy bien alquilada. ¡Dadme un abrazo y marchaos! Oigo á Adolfo que viene, y no le gusta ver caras nuevas. La vuestra es demasiado bonita, añadió con un tono singular.

Hizo que la criada acompañase á Mariana hasta la puerta, con una rapidez que demostraba gran temor de que su *esposo* viese á la joven. Clara Dujarrier era celosa.

—¡No seré yo ciertamente quien le quite á ese mozo de cordel!— pensaba Mariana alejándose de la calle de La Fontaine.

Empezaba á obscurecer; una neblina azulada subía, como si fuese el aliento del río, por encima de los muelles. A lo lejos, Mariana veía á París, y la visita que acababa de hacer se la antojaba un sueño; cerraba los ojos, y en tanto que una voz misteriosa pronunciaba en su interior estos nombres: Rosas, Vaudrey, Vanda, la calle de Prony, ella se veía ya tendida en un sofá magnífico en el suntuoso hotel de una entretenida, y contemplaba á sus pies á aquel hombre—un Ministro—que con aire suplicante, imploraba su amor, mientras que otro hombre que parecía Rosas, allá á lo lejos, viajaba, se alejaba y desaparecía.

—Vamos — pensaba la supersticiosa — había de ser uno de los dos! ¡El Duque ó el Ministro!
¡No he sido yo quien ha escogido!

Y mirándose en el cristal de la ventanilla del coche, donde aparecía confusamente su rostro pálido, se envió un beso á sí misma, y alegre como una chiquilla, dijo en voz alta riendo como una loca:

—¡Buenos días, Vanda!.... ¡Señorita Vanda, yo os saludo!

IX.

El barrio de Monceau es una especie de ciudad completa, surgida bruscamente como por encanto, y como quien dice, de la noche á la mañana; una improvisación á fuerza de millones. En lugar del tugurio del zapatero de viejo, de la taberna con cortinillas encarnadas en la vidriera y de la pobreza del boulevard exterior, aquel rincón de tierra ha visto florecer de pronto, sin saber cómo, todos los estilos de la arquitectura, los disparates de la fantasía: el magnífico castillo antiguo, el *cottage* inglés, la morada á lo Luis XIII codeándose con la casa flamenca, la salamandra de Francisco I

esculpida en la fachada de una vivienda de burgués, y el portalón de estilo gótico abriéndose de par en par, para dejar paso al magnífico carruaje de la entretenida. Una ciudad dentro de otra. Algo de nuevo, de blanco, de insensato, de convencional: lo colosal al lado de lo coquetón, la enormidad de un gran hotel á la americana, proyectando su sombra sobre una casita á la italiana. Algo de parisiense y algo de yankee. El castillo de Blois protegiendo á una chocolatera, y el taller de un artista convertido en salón de un tendero enriquecido.

El hotelito de Vanda — *una de nuestras bellas fugitivas*, como decían las crónicas de los periódicos que se acordaban de ella — hotelito elegante, de aspecto severo por fuera, lleno de juguetes primorosos y de carísimos caprichos de la moda, muy moderno por dentro, pasaba por ser uno de los más coquetones de la calle de Prony. Tenía un cartelón muy triste que decía: *Se alquila*, desde que se marchó la mujer que lo habitaba. Sus balcones cerrados le daban un aspecto sombrío. ¡Tanto silencio después de tanto ruido! Vanda era una muchacha ruidosa, animada, gastadora, loca. Por aquellos balcones se escapaban en otro tiempo trozos de canciones en boga,